
Dulce
Tentación
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
SHAW HART

DULCE TENTACIÓN

SHAW HART

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Acerca del Autor
Series by Shaw Hart
Otras Obras de Shaw Hart

Dulce Tentación

Copyright © 2021 por Rebecca Wilder
www.authorrebeccawilder.com
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.


Creado con Vellum

*

Ella es un rayo de sol. Él es un gigante rudo. ¿Podrán estos opuestos atraerse?

Maple Aster acaba de mudarse a este pequeño pueblo de Connecticut para abrir su tienda de dulces. Hasta ahora, las cosas no van bien. Su compañera de piso se ha fugado con la mitad del alquiler y ahora Maple está atrapada viviendo en la parte trasera de su tienda. Sin embargo, sigue viendo el lado positivo. Al menos tiene su tienda y al gruñón de la puerta de al lado para mantener el ánimo.

Burke Masters es el solitario del pueblo. Se mudó aquí hace unos años después de que su madre falleciera y necesitara un nuevo comienzo. Dirige la ferretería del pueblo y se dedica a arreglar propiedades. Le gusta estar solo. Así es hasta que Maple se muda al lado.

Una mirada y sabe que está jodido, pero nada le impide desearla. ¿Será capaz de convencerla de que está dispuesto a ser dulce, al menos con ella?

UNO

Burke

SON en las noches como estas cuando más extraño a mi madre.

O supongo que, tal vez, solo extraño tener una familia. Alguien con quien volver a casa.

El viento se levanta fuera, enviando ráfagas de nieve y hojas muertas que caen por la calle desierta. Cerca de las seis de la tarde de un martes de febrero, la ciudad de Destiny Falls, Michigan, está muerta. Todo el mundo está en casa, acurrucado con sus seres queridos y tratando de mantenerse caliente.

Anoche cayó otro metro de nieve y dicen que esta noche caerá aún más. Habiendo crecido en Seattle, estoy acostumbrado al frío, pero por alguna razón, siempre parece ser más frío aquí a lo largo de los Grandes Lagos.

Sigo mirando por la ventana, observando cómo Tom Hartford, el director del banco que está tres puertas más abajo, se ciñe el abrigo y cruza la calle a toda prisa hacia su coche. Lo veo sonreír y saludar a Betty Ginter antes de subir, pero ambos me ignoran.

No me gustan las conversaciones triviales y, con los años, todos han aprendido a dejarme en paz.

Así es como me gusta. Así es más fácil mantenerse a salvo. No pueden dejarte si nunca estuvieron en la vida del otro para empezar.

«¿Es más fácil?», me pregunta mi subconsciente, pero aparto ese pensamiento.

Betty termina de cerrar su tienda de artesanía antes de dirigirse a toda prisa a su coche. El viento cierra la puerta de golpe antes de que ella pueda cerrarla y veo cómo se aleja del bordillo, dirigiéndose hacia el oeste de la ciudad. Probablemente debería prepararme para volver a casa antes de que el tiempo empeore.

Apenas me pasa por la cabeza ese pensamiento, suena el timbre de la puerta principal y alguien entra corriendo.

—Menos mal que todavía está abierto —dice una dulce y melódica voz, y yo gruño, deseando haber trancado la puerta un poco antes.

La chica se abre paso por un pasillo, la parte superior de su sudadera con capucha entra y sale de mi vista mientras busca lo que sea que esté buscando.

—¿Puedo ayudarte a encontrar algo? —pregunto con una voz decididamente poco amistosa.

—¡Oh! ¡Debería haberme presentado! Soy Maple Aster, tu nueva vecina. Acabo de comprar el local de al lado y voy a abrir mi tienda de dulces en unos días.

—¿Dulce Tentación? —pregunto, recordando el brillante cartel de color pastel que habían puesto ayer.

—¡Esa soy yo! —dice emocionada y yo frunzo el ceño.

El otro día miré la vitrina de la tienda y parece que Barbie hubiera vomitado allí. Todo es de color rosa brillante, morado y amarillo. Me pregunto cómo puede trabajar allí y no tener un dolor de cabeza al final del día. No podrías pagarme por poner un pie en esa tienda.

—Estupendo —murmuro, justo cuando llega a la esquina y tira todo lo que ha tomado en el mostrador.

¿Sabes esos momentos en los que tienes la sensación de que estás completamente jodido? ¿Esa sensación de hundimiento en el estómago, como si supieras que todo tu mundo está a punto de ponerse patas arriba?

Eso es lo que ocurre la primera vez que miro a mi nueva vecina.

El pelo, tan pálido que parece blanco, le cuelga hasta la cintura y no puedo dejar de imaginar lo que sentiría al envolver todo ese pelo en mi puño y tirar de él mientras la monto con fuerza por detrás.

Tiene los ojos más grandes y azules que he visto nunca en una cara redonda con pómulos altos y una dulce nariz de botón. Las pecas danzan por su nariz y sus mejillas, y siento el extraño deseo de besarlas todas.

Frunzo el ceño, no me gusta cómo me hace sentir, pero no puedo parar. Mis ojos recorren su fina sudadera con capucha y frunzo más el ceño. Debería llevar algo más grueso si va a estar corriendo con este tiempo. Quiero darle mi chaqueta, pero me detengo cuando mis ojos se detienen en sus caderas.

Su cara puede parecer un ángel, pero cuando mis ojos bajan por su cuerpo, sé que está hecha para el pecado.

Una perfecta figura de reloj de arena que mis dedos cosquillean por explorar. Sus caderas son anchas, lo que lleva a una cintura estrecha que mis manos podrían agarrar. Tiene muchas curvas y se me hace agua la boca al imaginarme pasando horas explorando cada centímetro de ella.

—Solo esto —dice, mirándome fijamente con el más bonito rubor que empieza a manchar sus mejillas.

Miro hacia abajo, observando el yeso de la pared, el martillo y el destornillador.

—¿Qué estás arreglando?

—Hay un agujero en la pared. Esta de aquí —dice, señalando el que conecta con mi tienda.

Mis ojos se llenan de visiones de ella tropezando y clavando el martillo en la pared y en mi tienda.

—¿Por qué no lo arreglo por ti? —me ofrezco antes de poder detenerme.

Me digo a mí mismo que es solo porque no quiero que estropee mi tienda, pero cuando me sonríe como si fuera su héroe y mi corazón empieza a acelerarse, tengo que preguntarme si realmente fue por eso por lo que me ofrecí.

—¡Eso sería genial! Estuve viendo videos de YouTube y creo que puedo hacerlo yo misma, pero realmente no tengo en mi presupuesto pagarle a alguien si solo termino empeorándolo.

—Claro —digo, intentando apartar mi mirada de ella el tiempo suficiente para registrar sus compras.

—¿Cuánto tiempo has vivido aquí? Parece que todos los que he conocido hasta ahora han nacido y se han criado aquí —dice mientras mira el cielo que se oscurece.

—Me mudé aquí hace unos años. Me crié en Seattle —le digo y luego me pregunto por qué le he dicho eso.

—¡Qué bien! Soy de Cleveland, pero siempre he querido vivir aquí, junto al agua, en algún pueblecito, y Destiny Falls es tan bonito.

Asiento con la cabeza, dejándola hablar de todo lo que ha visto aquí y de lo amables que han sido todos con ella. En circunstancias normales, la gente burbujeante me pone de los nervios, pero no me siento así al escuchar a Maple hablar sin parar.

—¿Cuál es tu nombre? Te he dicho el mío, pero no me has dicho el tuyo —dice, cogiendo su bolso y deslizándome algo de dinero.

—Burke.

—Es un placer conocerte, Burke. Probablemente quieras volver a casa antes de que empiece a nevar, pero estaré por aquí mañana y el resto de la semana si quieres pasarte a echar un vistazo al agujero.

—Puedo ir ahora —me oigo decir y me pregunto qué demonios me ha pasado.

—¿De verdad? Sería estupendo.

Me dedica otra de esas sonrisas que me hacen sentir de tres metros de altura y cojo mi abrigo de invierno y las llaves. Cierro mi propia tienda y me dirijo a la siguiente puerta para echar un vistazo al agujero de Maple.

Solo que no es el que realmente quiero llenar.

DOS

Maple

INTENTO ALISARME DISCRETAMENTE EL PELO, preguntándome si parece que he dormido en la parte trasera de mi tienda durante la última semana y media.

Me he visto obligada a quedarme allí desde que Mindy, mi compañera de piso, se fue de la ciudad con mi televisor, mis joyas y la mitad del alquiler que le di. No hay forma de que pueda pagar todo el alquiler más todo lo que necesito para mi tienda, así que, al menos durante las próximas semanas, me quedaré en la parte trasera de Dulce Tentación.

No es tan malo. Estoy contenta de haber encontrado esta bonita ciudad y todo el mundo aquí parece muy amable. Al menos todavía tengo mi tienda y mi sueño de abrir la tienda de dulces más bonita de toda la Costa Este.

Me encantan los dulces desde que era una niña y he fantaseado con tener una tienda de dulces desde entonces. Ahora por fin estoy haciendo realidad mi sueño.

Me licencié en Negocios en la Universidad de Ohio y luego eché un vistazo a las pequeñas ciudades de la Costa Este. Cuando encontré la tienda vacía en medio de Destiny Falls, supe que había encontrado el lugar perfecto para establecerme.

Siempre me han gustado los pueblos pequeños. Creo que es un resultado de mi infancia. Mi madre me arrastraba de una gran ciudad a otra, siempre en busca de un hombre que la cuidara. Era muy mala eligiendo

chicos, siempre elegía a vagos o a imbéciles mandones, y lo peor era que *ellos* siempre la dejaban a *ella*. Era tan amargada y pesimista mientras yo crecía que me hacía la vida imposible. El único punto brillante en mis recuerdos de la infancia era cuando se me permitía elegir los dulces de la tienda. Creo que mi madre lo permitía solo para que me quedara tranquila, pero es un buen recuerdo que tengo de ella y de mi infancia.

Juré hace mucho tiempo que nunca sería como ella: depender de un hombre para mi bienestar, ya sea económico o de otro tipo. Por eso elegí una ciudad pequeña y por eso estoy tan decidida a que Dulce Tentación sea un éxito. Para demostrar que puedo valerme por mí misma y que no necesito ni quiero que un hombre me mande. Al menos, no uno que acabe utilizándome y desechándome como si no significara nada.

He puesto todo el empeño posible en Dulce Tentación. Mi objetivo era tenerlo abierto antes del día de San Valentín. O al menos el día de San Valentín. Espero que la fiesta traiga a los clientes.

Tengo que hacer que este lugar sea un éxito. Todo mi futuro depende de ello.

Mis ojos echan otro vistazo a Burke mientras camina a mi lado hacia Dulce Tentación.

Es enorme. Mide más de dos metros y es tan ancho que me pregunto si podría rodearlo con los brazos. Es grueso, pero tonificado, con el pelo negro como la tinta y los ojos más bonitos que he visto nunca. Grises, del color de la niebla o del humo, con gruesas pestañas negras rodeándolos. Nunca había visto unos ojos así.

Me sorprendió que se ofreciera a ayudarme a arreglar la pared. Parecía molesto cuando entré por primera vez y le pillé mirándome con desprecio cuando estaba comprobando la salida. O supongo que estaba mirando mi capucha.

Trato de ser discreta mientras miro hacia abajo, asegurándome de que no haya ninguna mancha o algo en la parte delantera de mi sudadera.

No, solo mi sudadera rosa lisa.

«¿Quizás odia el rosa?»

Dejo de lado esos pensamientos mientras empujo la puerta y la sostengo para Burke, quien frunce el ceño.

«¿Y ahora qué?»

—Tienes que cerrar la puerta con llave cuando no estés aquí.

—Solo iba corriendo a la puerta de al lado —digo, pero sé que probablemente tenga razón. Tengo que ser más inteligente después de lo que pasó con Mindy. No ser tan confiada.

—No importa —dice bruscamente mientras se dirige a mirar el pequeño agujero en la pared.

—Aunque tienes razón, debería cerrarlo cuando me vaya —admito, pasándole la bolsa para que tome lo que necesite de ella.

—No necesitas un martillo o un destornillador para esto.

—Lo sé. Me pareció que era bueno tenerlos a mano. Por si acaso, ¿sabes?

No estoy segura, pero podría jurar que veo que sus labios se inclinan ante eso.

Nos quedamos en silencio mientras Burke abre el bote de yeso y empieza a rellenar y cubrir el agujero. Lo arregla enseguida y yo le sonrío.

—¡Gracias! —digo, acercándome a él para estudiar el yeso.

—No hay problema. Tendrás que pintar encima para que haga juego con el resto de la pared, pero deja que esto se seque primero. Mañana por la mañana debería estar listo.

Limpia y yo observo con la boca seca como sus manos fuertes y capaces recogen las herramientas.

—Gracias de nuevo por arreglar eso —le digo mientras empieza a dirigirse a la puerta.

—De nada.

No estoy preparada para que se vaya todavía. Ha sido agradable pasar el rato con alguien cercano a mi edad. Todos los demás que he conocido en la ciudad tenían más de treinta años o estaban en edad de jubilarse.

—Déjame darte un dulce. A cuenta de la casa. Será mi forma de darte las gracias —le ofrezco.

—Eh, la verdad es que nunca me han gustado los dulces —dice con cara de vergüenza.

—¡¿Qué?! ¿Cómo es posible? —pregunto, incrédula.

Se encoge de hombros, agachando la cabeza.

—Vamos. Probaremos una de cada cosa hasta que encontremos algo que sí te guste.

Juraría que veo que sus ojos se oscurecen al decir eso, pero debe ser la iluminación de aquí. O mi imaginación.

—No tienes que hacer eso —empieza, pero ya estoy cogiendo una bolsa de caramelos y llenándola.

Le doy la bolsa con el primero de los caramelos de goma ácidos y la coge de mala gana. Veo con el rabillo del ojo como se mete lentamente la primera en la boca y da un respingo. A continuación, cojo algunas gominolas dulces y chocolatinas para él y observo su cara, pero parece que le van tan bien como las gominolas ácidas.

Solo me quedan algunos caramelos y me apresuro a cogerlos, pasándole la última bolsa. Observo su cara mientras se mete el primero en la boca y empieza a masticar.

No parece tan asqueado como con las gominolas agrias.

—Ese no estaba mal —admite, y yo le sonrío.

—Deja que te traiga más —digo, cogiendo otra bolsa antes de que pueda detenerme.

—Eh, gracias —dice, tomando la bolsa y arrastrando los pies.

—¿Nos vemos mañana? —le pregunto, con la intención de acompañarlo a la puerta y darle las buenas noches.

Es tarde y estoy deseando tomar una taza de ramen y acurrucarme en mi pequeño catre del fondo para dormir. Esta noche voy a tener que taparme con las dos mantas por la forma en que se levanta el viento. Tal vez incluso me ponga la sudadera con capucha y los calcetines en la cama, aunque odio dormir con calcetines. Todavía no he querido encender la calefacción, ya que solo estoy yo aquí y tengo que cuidar mi dinero.

Sin embargo, en lugar de irse, Burke parece tener otros planes.

—Sí, vamos. Es tarde y está oscuro. Coge tu abrigo y te acompañaré a tu coche.

El pánico se apodera de mí mientras me pregunto cómo voy a convencerle de que no necesita hacer eso.

TRES

Burke

—¿NECESITAS buscar algo? —pregunto cuando Maple parece dudar.

«¿No confía en mí? Quiero decir, he estado a solas con ella en la tienda durante media hora y no ha parecido nerviosa o insegura a mi alrededor. Entonces, ¿cuál es el problema?»

—¿Maple? —lo intento de nuevo.

—Oh, no tienes que hacer eso —dice, moviéndose de un lado a otro con nerviosismo.

Mis ojos se estrechan ante el movimiento. ¿Me está ocultando algo?

Normalmente, no me importaría, pero hay algo en Maple que es diferente. Quiero saberlo todo sobre ella, cada pensamiento que entra en su cabeza. Quiero saber qué la hace feliz, y con qué sueña por la noche.

—Sí, lo sé. No voy a dejar que andes sola por la noche. Vamos —digo, pasándole el abrigo que veo colgado en el perchero junto a la puerta trasera y pasándoselo por los hombros.

No me gusta la idea de que ande sola por el día. No voy a dejar que salga sola por la noche. Es demasiado hermosa. Alguien trataría de quitármela.

«No es tuya», me recuerdo, rechinando los dientes mientras aprieto la mandíbula.

Desde que mi madre enfermó, he mantenido a la gente alejada. Pasé todo mi tiempo libre con ella, limpiando la casa y cuidándola. Perdí el

contacto con los pocos amigos que tenía y me retrasé en la escuela. Luego murió y me quedé solo.

Me trago la soledad que siempre acompaña a esos pensamientos y prácticamente arrastro a Maple hasta la puerta principal.

Parece que la están llevando a su propia ejecución y frunzo el ceño. Sé que puedo ser un poco brusco, pero tiene que saber que nunca le haría daño. Se me revuelve el estómago al pensar que me tiene miedo. Ese pensamiento es inaceptable.

Espero a que cierre la puerta principal antes de girarme hacia la calle.

—¿Dónde has aparcado? —le pregunto, pero no me responde.

El viento se levanta y ella sigue de pie en la acera.

—¿Has conducido tú? —pregunto, mi paciencia se agota.

No me gusta que esté aquí fuera con el frío y echo de menos escuchar su dulce voz. Empieza a retorcerse las manos y a mirar a cualquier parte menos a mí y mis sospechas aumentan.

—Mapple. Mírame —le exijo y levanta la cabeza, sus grandes ojos azules se abren de par en par al encontrarse con los míos—. ¿Qué pasa?

—Mi compañera de piso me robó mi parte del alquiler y se fue. No podía pagar mi antiguo apartamento sola, así que estoy viviendo aquí, en la parte de atrás de la tienda —dice apurada y yo maldigo en voz baja mientras miro hacia la tienda.

—Voy a conseguir un lugar tan pronto como Dulce Tentación despegue. Me recuperaré enseguida —me asegura con una alegre sonrisa que le hace levantar los labios.

—No puedes vivir aquí. No es seguro. Y además hacía mucho frío ahí dentro —le advierto, prácticamente gruñendo al recordar el frío que hacía en su tienda.

—No está tan mal —dice en voz baja, con un brillo de lágrimas que empieza a brillar en sus ojos.

Mi corazón se aprieta al verla y empiezo a odiarme. He sido demasiado duro con ella y ahora la he hecho llorar.

Odio cuando una mujer llora.

—Puedes quedarte conmigo —le suelto, intentando detener las lágrimas antes de que se derramen por sus mejillas.

—¿Contigo? —pregunta ella que parece sorprendida.

—Bueno, conmigo no. Tengo un edificio de apartamentos. Estoy arreglando dos de los apartamentos, pero los otros dos están terminados y el que está al lado de mi casa está vacío. Puedes quedarte allí hasta que encuentres un lugar propio.

—¿De verdad? ¿Harías eso por mí? ¿Por qué? Acabas de conocerme y no sabes quién soy.

—Quiero que estés a salvo —admito de mala gana.

«Falso. *Necesito* que esté a salvo».

Dejo a un lado ese pensamiento, la agarro por el codo y la conduzco a la vuelta de la esquina, donde mi camioneta negra está ubicada en el aparcamiento detrás de nuestras tiendas.

Solo hay otro coche, un viejo Volkswagen Escarabajo que instintivamente sé que es el suyo. Sacudo la cabeza y hago una nota mental para llevarla a todas partes. No debería ir en ese cacharro con este tiempo. Un coche así podría quedarse atascado en la nieve.

Le sujeto el codo, asegurándome de que no resbale en la nieve o el hielo mientras nos dirigimos a mi camioneta. Tendré que asegurarme de poner más sal aquí a partir de mañana.

«O puedes tenerla cerca de ti mientras la acompañas a su tienda».

Es tan pequeña que cuando llegamos al lado del pasajero, tengo que agarrar sus caderas y ayudarla a subir al asiento. Mis dedos no quieren abandonar sus curvas, pero me obligo a soltarla y a cerrar la puerta.

Tengo que ajustarme mientras me dirijo al asiento del conductor de la camioneta y me pongo al volante. En cuanto me acomodo en el asiento del conductor y huelo el dulce aroma a algodón de azúcar de Maple, sé que estoy jodido. Se acabó lo de estar solo.

Es demasiado dulce, como un verdadero rayo de sol o un arco iris.

No hay forma de que pueda sostener mi fachada de hombre brusco e impaciente y seguir manteniendo a todos a distancia con esta chica cerca. Me atrae y puedo sentir que me envuelve más y más alrededor de su dedo con cada minuto que pasa.

De hecho, tengo la sensación de que ya me posee.

Y ella aún no lo sabe.

CUATRO

Maple

—¿TIENES hambre? —pregunta Burke, sacándome de la tranquilidad de la cabina de su camioneta.

—Un poco —admito mientras mi estómago gruñe y demuestra que estoy hambrienta.

—Tengo banderillas y algunas comidas congeladas en casa. No estoy seguro de si algún restaurante sigue abierto —dice mientras dirige la camioneta por las calles desiertas.

La mayoría de las tiendas que bordean la calle principal tienen las luces apagadas y sé que probablemente todo el mundo esté en casa por la noche.

—Las banderillas suenan muy bien —digo, agradecida de que esté dispuesto a darme de comer, ya que todo mi ramen está en la tienda.

Solo tardamos unos minutos en llegar a un bonito edificio de ladrillos y le sonrío mientras Burke aparca su camioneta delante.

—No te muevas. Me acercaré y te ayudaré a bajar —me ordena mientras sigo mirando el edificio.

Está en una zona bonita de la ciudad y el edificio tiene ladrillos rojos brillantes y una amplia entrada. No sé qué esperaba, pero es cálido y acogedor.

Burke abre la puerta y mete la mano, me desabrocha el cinturón y me levanta de la camioneta como si pesara menos que una pluma.

Me pone de pie y me sujeta por la cintura mientras encuentro el equilibrio en la acera ligeramente helada.

—Pondré más sal por la mañana para que no tengas que preocuparte por resbalar y caer.

—Gracias —murmuro, agarrándome a su mano mientras nos dirigimos a las escaleras.

Burke se pone rígido cuando lo toco, pero creo que le he pillado por sorpresa, porque parece superarlo rápidamente. Enrolla sus dedos alrededor de los míos mientras subimos los escalones de la entrada y desbloquea la puerta, dejándome pasar delante de él para entrar en el edificio.

Hay dos puertas en la planta principal, una a la izquierda y otra a la derecha, con unas escaleras en el centro que llevan al segundo piso.

—Los apartamentos del primer piso ya están hechos —me dice, y me guía hacia el de la derecha.

Abre la puerta y me hace pasar a su apartamento.

Está bastante vacío: solo un sofá, la televisión y unos cuantos libros sobre una mesa auxiliar.

—Solo vivo en los apartamentos hasta que los termino de arreglar. Luego los vendo o los alquilo y me voy al siguiente.

—Así que eres un nómada.

—Sí, supongo que lo soy —dice lentamente.

—Todo el mundo debería tener un hogar.

No dice nada al respecto, solo se da la vuelta y se dirige a la cocina.

Le sigo y trato de subirme al taburete de la barra, pero soy demasiado baja. Antes de que pueda intentar saltar y subirme, Burke está allí, agarrando mis caderas con fuerza y levantándome.

—Gracias —digo, sonrojándome ligeramente.

Me encanta tener sus manos sobre mí y me pregunto si se da cuenta. Mis pezones son puntas duras que rozan con la suave tela de mi sujetador.

Se limita a asentir con la cabeza antes de darse la vuelta y dirigirse a la nevera. Abre el congelador, toma la caja de banderillas y desenvuelve unos cuantos. Los pone en un plato y los mete en el microondas, pulsando el botón para encenderlo.

—¿No eres un gran cocinero? —le pregunto, sonriendo cuando veo todas las comidas congeladas que están apiladas en su congelador.

—No sé hacer ni tostadas —dice sin rodeos y me río.

—¿De verdad? —pregunto, riendo ligeramente.

—Sí. Mi madre siempre hablaba de enseñarme, pero luego enfermó. Entraba y salía mucho del hospital cuando yo era más joven. Después de eso, pasé la mayor parte del tiempo cuidando de ella y haciendo las tareas de la casa. No tuve tiempo de aprender a cocinar y me acostumbré a comer comida congelada.

—Siento lo de tu madre —digo en voz baja y él asiente, mirando hacia la pared.

Es obvio que la echa de menos, que la quería, y mi corazón está con él.

—Gracias. Al menos ahora puedo cocinar en el microondas como un campeón. Lo que no puedo es hornear o hervir.

—Puedo enseñarte —le ofrezco con una suave sonrisa.

No quiero sobrepasar mis límites, pero me gusta la idea de devolverle su amabilidad. A otra parte de mí le gusta la idea de pasar más tiempo con este hombre, de cuidarlo de alguna manera.

—Sí, supongo que estaría bien poder hacer espaguetis y otras comidas básicas.

El microondas suena y Burke saca la comida. Divide las banderillas de maíz y me pasa un plato.

—Gracias —digo, levantando un palito y dándole un mordisco.

Gimoteo. No puedo evitarlo. Hace tanto tiempo que no como nada más que fideos ramen.

Burke hace una pausa con su banderilla colgando de los dedos mientras mira fijamente mi boca.

—Está muy bueno —digo, sonrojándome mientras él sigue mirándome.

Mis muslos se aprietan, un dolor se forma entre ellos y me retuerzo en mi asiento.

—Joder —exclama Burke, dejando caer su banderilla y agarrando la encimera con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos.

Acabo mi primer banderilla y lo observo mientras empiezo con la segunda. La devoro en menos de un minuto y, con la barriga llena, se me empiezan a cerrar los ojos.

—Te enseñaré la puerta de al lado —dice Burke, abandonando su comida y levantándome del taburete.

Dejo que me lleve al otro lado del pasillo y al apartamento de al lado.

Este apartamento está igual de desnudo. Hay un sofá, un sillón reclinable y una cama, que es más de lo que tenía en la tienda de dulces, así que estoy agradecida. Las paredes están pintadas del mismo verde suave que las suyas y, con los suelos de madera, parece reconfortante.

—Esto es genial. Gracias, Burke. Has sido muy amable conmigo.

Parece avergonzado por mis palabras y me acerco más a él, deseando volver a sentir sus manos sobre mí.

Nunca me ha interesado el sexo opuesto. Había pensado que algo estaba mal en mí, pero una mirada a Burke y de repente siento que me quemo viva.

Quiero que me toque, que me bese, que me reclame.

Pero antes de que pueda alcanzarlo, se acerca a la puerta.

—Avísame si necesitas algo. Estaré al lado.

Quiero decirle que *lo necesito a él*, pero antes de que pueda armarme de valor para decir esas palabras, se ha ido.

Suspiro y miro la puerta cerrada durante un minuto antes de darme la vuelta y dirigirme al dormitorio. Una ducha caliente y una cama agradable y cálida me llaman.

CINCO

Burke

APENAS PUDE DORMIR en toda la noche. Los pensamientos de Maple me perseguían en mis sueños y me masturbé cuatro veces antes de desmayarme. Incluso entonces, mi sueño fue inquieto.

Son las siete y mis ojos acaban de abrirse cuando oigo un suave golpe en la puerta. Solo puede ser una persona y me apresuro a abrirla, preguntándome si algo va mal.

Maple está de pie al otro lado de la puerta con una gran sonrisa en la cara. Está vestida con la misma ropa de ayer y me acuerdo que tengo que hacer que recoja sus cosas de la tienda para que pueda instalarse aquí.

Mis ojos se fijan en dos bolsas de plástico que cuelgan de sus dedos y mis manos se cierran en puños. El nombre del mercado de unas manzanas más allá está impreso en los laterales y, antes de que pueda detenerme, la agarro y la arrastro dentro de mi casa.

—Buenos días —dice Maple entre risas y la fulmino con la mirada.

—¿De dónde has sacado esas cosas?

—De la tienda. A unas manzanas de aquí.

Ella señala la dirección con una mirada confusa en su cara y mi ira se dispara.

—¿Alastair's? Está a dos manzanas. Y hace mucho frío afuera.

¿No sabe lo preciosa que es? No debería andar por ahí sola. No cuando el clima es así y todavía está oscuro afuera.

—Tienes que tener más cuidado. Podrías haberte resbalado y hacerte daño. Alguien podría haberte agarrado.

Su sonrisa cae y me siento como un imbécil, pero necesita estar a salvo.

«Tendrás que vigilarla mejor».

A mi pene le gusta la idea y empiezo a arrepentirme de los pantalones del pijama que me he puesto. Debería haberme puesto unos vaqueros... o unos pantalones para la nieve. Cualquier cosa para ocultar la tienda de campaña que empieza a crecer en mis pantalones.

—Yo he estado cuidando de mí misma. Puedo caminar dos cuadras yo sola. —dice con actitud, sacando la cadera mientras sus dedos se aprietan alrededor de las asas de las bolsas.

—Tiene que hacer diez grados bajo cero ahí fuera y tú ibas caminando solo con una capucha. Así que, obviamente, tienes que hacerlo mejor —respondo.

Me mira fijamente durante un minuto antes de que baje la cara.

—Solo quería hacer algo bueno por ti —susurra, y yo quiero darme una patada.

No debería haber sido tan duro con ella.

—A partir de ahora, no irás a ningún sitio sola cuando esté oscuro. Y hoy traeremos el resto de tus cosas para que no tengas que ir por ahí sola con una capucha —le digo, cogiendo las bolsas de sus manos.

—De acuerdo —dice lentamente y yo la agarro de la mano, tirando de ella hacia el interior del apartamento.

—¿Tienes una sartén? —pregunta, siguiéndome a la cocina.

—Sí —digo bruscamente, agachándome y cogiendo una sartén para ella.

Me acerco a ella y veo cómo derrite la mantequilla en la sartén y mete el pan en la tostadora. Canturrea alegremente mientras se pasea por la cocina, cascando huevos en un bol y batiéndolos con un tenedor.

Observo como coge la espátula y empieza a batir lentamente los huevos en la sartén hasta que quedan ligeros y esponjosos.

—¿Puedes traer los platos? —pregunta, apagando la hornilla.

Agarro dos platos y los sostengo mientras ella sirve dos porciones de huevos revueltos. Unta la tostada con mantequilla, me pasa unas cuantas rebanadas y yo llevo los dos platos a la encimera. La ayudo a subirse al

taburete antes de que pueda pedirlo y contengo una sonrisa mientras ella se acomoda con una sonrisa.

Le paso un tenedor y los dos nos ponemos en ello. Maple gime, igual que anoche, y juro que casi me corro en los pantalones.

«Dios mío. Esta chica me va a matar».

—Está bueno —digo, intentando distraerme de mis sucios pensamientos.

—¡Gracias! Me acabo de dar cuenta de que debería haberte enseñado a hacerlos —dice, frunciendo el ceño mientras piensa en ello.

—Podemos volver a intentarlo mañana —le digo, queriendo verla sonreír de nuevo—. ¿Dónde aprendiste a cocinar? — pregunto mientras comemos.

—Creciendo. Mi madre no era mucho de cocinar.

Hay algo en su tono que me hace pensar que no le importa mucho su madre.

—¿Cómo es ella? —le pregunto, dando un mordisco a mi tostada.

—Ella es... —se queda sin terminar la frase y yo espero, dándole tiempo para que elija sus palabras.

—No era la mejor —admite en voz baja—. Nunca fue una buena madre. Creo que fui un accidente, y en lugar de trabajar duro y tratar de ganar las cosas que quería, se aferró a un tipo tras otro. Falleció hace unos meses. Un ataque al corazón —dice, con los ojos llenos de lágrimas.

Aprieto los dedos alrededor de mi tenedor hasta estar seguro de que lo he doblado. ¿Cómo puede alguien pensar que esta chica que está a mi lado no es lo mejor que le ha pasado?

—Lo siento —le digo.

—Gracias. Al menos he aprendido lo que no quería ser. Y ahora puedo cocinar, limpiar, manejar mi chequera, coser y cuidarme.

Sonrío, me encanta su optimismo. Parece que siempre ve el lado bueno de las cosas.

Terminamos de desayunar y recojo su plato, lo llevo al fregadero y lo enjuago.

—Solo tengo que darme una ducha rápida y vestirme, y luego estaré listo para salir —le digo, volviendo a ayudarla a bajar del taburete.

Mis manos rodean su cintura y estoy a punto de bajarla cuando lo siento.

Su aliento en mi mejilla.

Un segundo después, siento sus labios rozando suavemente mi piel y estoy a dos segundos de tirarla sobre el mostrador y enterrarme a diez centímetros dentro de ella.

—Estoy lista —susurra, y mi erección gotea en mis pantalones.

«¿Está hablando de estar lista para salir pronto? ¿O de estar lista para mí?»

Sé que es lo que quisiera que fuera.

Espero a ver si me besa de nuevo y, cuando no lo hace, me aclaro la garganta y doy un paso atrás.

Por un segundo, parece que está decepcionada, pero eso no puede ser cierto.

«¿No es así?»

—Saldré en unos minutos —digo bruscamente y veo que los ojos de Maple bajan a la tienda de campaña de la parte delantera de mis pantalones de pijama.

Sus mejillas se vuelven de un tono rosado brillante y me daría un puñetazo en la cara para saber en qué está pensando ahora mismo. En cambio, me doy la vuelta y me dirijo al dormitorio antes de que pueda hacer algo que me avergüence.

Cómo confesar que la amo y rogarle que nunca me deje.

SEIS

Maple

HE ESTADO de buen humor desde que Burke me dejó esta mañana. Esperó fuera hasta que estuve a salvo dentro de mi tienda antes de dirigirse a la puerta de al lado para abrir su ferretería, no sin antes recordarme que recogiera mis cosas para poder trasladarme al apartamento.

Pasé el día terminando de organizar la tienda, asegurándome de que todo estuviera perfecto para la gran inauguración dentro de unos días. He estado configurando mi sitio web y las páginas de las redes sociales con vistas entre bastidores, pero todavía tengo que colgar algunos folletos por la ciudad.

Cojo el portátil y el abrigo y me preparo para comer antes de ir a la biblioteca a imprimir folletos. Pasaré el resto de la tarde colocándolos. Debería consultar con Burke a qué hora quiere irse para poder volver a tiempo. Supongo que puedo ir en mi coche hasta su casa, pero me gusta ir con él. Me gusta pasar tiempo con él.

Estoy a punto de tomar mis llaves cuando llaman a la puerta principal. Levanto la vista y sonrío al ver a Burke de pie con una bolsa de comida rápida en las manos.

—¡Hola! Iba a salir a comer —le digo mientras lo dejo entrar en la tienda.

—Compré unas hamburguesas —dice, echando el cerrojo y caminando conmigo hasta el mostrador.

Me pasa una hamburguesa, patatas fritas, un refresco y un puñado de servilletas antes de coger su propia comida.

—Gracias por esto —le digo mientras desenvuelvo la hamburguesa y le doy un buen bocado.

Él se limita a gruñir como respuesta y yo sonrío mientras me meto unas cuantas patatas fritas en la boca. Comemos en agradable silencio mientras echo otro vistazo a la tienda para asegurarme de que todo está perfecto.

—Se ve bien aquí —gruñe Burke, terminando su hamburguesa y haciendo una bola con su basura.

—¡Gracias! Todo debería estar listo antes de salir. Solo tengo que ir a la biblioteca e imprimir algunos folletos para colgarlos por la ciudad y luego creo que tendré todo listo para el día de la inauguración.

Burke asiente, recogiendo el envoltorio de mi hamburguesa por mí.

—¿A qué hora te vas para volver al apartamento esta noche? Si no estoy de vuelta a tiempo, siempre puedo conducir mi coche de vuelta a casa...

—No.

Miro fijamente a Burke, esperando que continúe.

—¿Qué? —pregunto cuando no dice nada más.

—Te esperaré. No puedes andar sola por la ciudad cuando está oscuro. Prométeme que no lo harás —me ordena y yo asiento.

—Lo prometo.

Parece satisfecho por mi respuesta y me muerdo el labio, cogiendo mi bebida para dar un largo trago.

«¿Me estoy convirtiendo en mi madre? ¿Dejando que me dé órdenes de esta manera? Es decir, lo que dice tiene sentido y probablemente sea una buena idea que no deambule por ahí cuando oscurece, pero ¿estoy cayendo en el mismo patrón que mi madre? ¿Es así cómo empezó mi madre? ¿Tal vez es así con todo el mundo? No, eso no puede ser porque parece que nunca habla con nadie más. Es que es muy protector conmigo. Me pregunto qué pasó con su madre y si por eso siempre está pendiente de mí».

Mi decisión de decirle que puedo cuidar de mí misma se debilita mientras me pregunto si es por eso que es sobreprotector conmigo.

—¿Cómo murió tu madre? —pregunto en voz baja mientras me termino las patatas fritas.

Hace una pausa y veo cómo todo su cuerpo se tensa. Por un segundo creo que no va a responderme, pero finalmente lo hace.

—Cáncer —dice y puedo oír la emoción en su voz.

—Lo siento mucho, Burke.

Asiente con la cabeza, tragando con dificultad mientras mira fijamente el mostrador.

—Estuvo enferma durante casi toda mi infancia. Estuvo entrando y saliendo de la remisión durante años, y luego la última vez que el cáncer regresó, no pudo vencerlo.

—No tienes hermanos ni hermanas, ¿verdad?

—No, solo éramos ella y yo.

—Te ocupaste de ella, ¿verdad? —digo, pero no es realmente una pregunta.

De repente, sus tendencias sobreprotectoras empiezan a tener sentido para mí. Siempre estaba pendiente de ella y ahora lo hace por mí.

—Sí. Mi padre se fue cuando yo tenía seis años y nunca volvió, así que estábamos los dos solos.

—¿Cuántos años tenías cuando ella falleció?

—Catorce.

Mi corazón se rompe por él, por el niño que perdió a todos los que se suponía se preocupaban por él. Nunca llegó a tener una infancia ni a ser un niño.

—Me fui y me quedé con mi tía durante unos años y luego me alisté en el ejército.

Serví durante cuatro años antes de salir y mudarme aquí. Le compré la ferretería al señor Menters para que pudiera retirarse y mudarse a Florida a vivir con sus nietos.

—¿Así que ni siquiera querías comprar la tienda? —pregunto riendo y él se encoge de hombros.

—Necesitaba algo que hacer y él necesitaba venderla a alguien.

Se encoge de hombros pero puedo ver lo buen hombre que es.

—¿Y tú? —me pregunta y yo sonrío suavemente, dejando que cambie de tema.

—Mi padre nunca estuvo presente. Fue una aventura de una noche y cuando mi madre le dijo que estaba embarazada, no quiso tener nada que ver con ella ni conmigo.

—Lo siento, Maple —susurra Burke contra la parte superior de mi cabeza mientras me recoge en sus brazos.

Dejo que me abrace y me consuele, aunque me parece más bien que lo estoy consolando a él. Está bien que alguien me cuide y se preocupe por mí, por una vez.

No puedo evitar preguntarme si mi madre también empezó así. No quiero depender de nadie. Solo quiero depender de mí misma.

SIETE

Burke

HA SIDO un día lento en la ferretería, así que he tenido mucho tiempo para obsesionarme con Maple. Tenía muchas ganas de despedirme de ella esta mañana, pero me obligué a dejarla en la puerta de su tienda y dirigirme a la mía.

A la hora de comer, tenía que volver a verla, así que cerré mi tienda para tomar un descanso y compré algo de comida en la hamburguesería que había unos cuantos metros más abajo. Me moría por oírla gemir de nuevo, pero no lo hizo en absoluto mientras comíamos.

Nos separamos después de nuestra pausa para comer. Yo había querido cerrar por el resto del día y dirigirme con ella a la biblioteca y luego a los alrededores de la ciudad, pero cuando salí, el Sr. Mitchell y la Sra. Jones estaban esperando fuera de mi tienda.

Maple me había abrazado, rodeando mi cintura con sus brazos antes de despedirse con la mano y dirigirse a la biblioteca.

Había estado malhumorado con mis clientes toda la tarde, molesto porque me alejaban de mi dulce niña. El negocio se calmó hacia las cinco y empecé a cerrar, queriendo estar listo para irme cuando Maple volviera.

Me había *prometido* volver antes de que anocheciera, pero cuando el sol empieza a ponerse detrás de los edificios, todavía no ha regresado.

Me vienen a la cabeza imágenes horribles.

¿Y si está herida en algún lugar?

¿Y si alguien se la ha llevado?

La misma sensación de impotencia que tuve al ver cómo el cáncer se llevaba a mi madre amenaza con invadirme de nuevo. Me hacía sentir mal del estómago.

A las seis, salí hacia mi camioneta.

No tardo nada en llegar a la biblioteca, pero ella no está allí. Empiezo a dar vueltas por la ciudad buscando su cabeza de cabello rubio pálido.

Pero no la veo por ninguna parte.

Vuelvo al apartamento, preguntándome si habrá terminado temprano y se habrá ido a casa, pero no hay ninguna luz encendida y tengo las llaves de la puerta principal.

Gruño y golpeo el volante con el puño mientras vuelvo a la ciudad para dar otra vuelta por las calles.

La ira me llena más y más con cada minuto que pasa. Me prometió que volvería antes de la puesta de sol.

La preocupación se mezcla con la rabia en mis entrañas hasta que me dan ganas de vomitar. Vuelvo a girar a la derecha para entrar en Main Street y freno de golpe.

Por fin. Ahí está.

Mi alivio dura poco, sin embargo, cuando veo a un tipo caminando junto a ella. Alarga la mano como si fuera a apartarle el pelo de la cara y yo gruño tan fuerte que hace temblar la cabina de mi camioneta.

Aparco la camioneta y salgo de ella antes de que él pueda hacer contacto.

Maple y el chico que reconozco como Chet Morton, el hijo sórdido del alcalde, se dan la vuelta para mirarme con sorpresa.

—¡Burke! —dice Maple, sonriendo mientras me acerco a donde están parados.

—Buenas noches, Morton —le gruño al chico que me mira con los ojos muy abiertos mientras agarro a Maple y la arrastro hasta la camioneta.

—¡Vaya! Más despacio, Burke —suplica Maple y yo lucho por controlarme.

El alivio se mezcla con el sabor amargo de la impotencia y el miedo en mi boca, y respiro profundamente, apartando los pensamientos sobre mi madre o lo que podría haberle pasado a Maple.

Subo a Maple a la camioneta y la atravieso para abrocharle el cinturón antes de ponerme al volante.

Doy la vuelta a la camioneta en dirección a casa, y viajamos en silencio durante los dos primeros minutos.

—¿Estás bien? —pregunta Maple en voz baja.

—Prometiste que volverías antes de que oscureciera.

—Solo llegué unos minutos tarde. Tienes que calmarte —resopla ella, cruzando los brazos sobre el pecho y volviéndose a mirar por la ventana.

—Pensé que te había pasado algo. Estaba preocupado.

—Ya me estaba yendo cuando ese tipo me paró para preguntarme por los folletos. No me ha pasado nada malo. Tienes que calmarte —vuelve a ordenar y mis labios se inclinan.

Todos los demás me tienen miedo por mi estatura y mi comportamiento rudo, pero no mi Maple.

—Lo siento. Es que me puse a pensar en todo lo malo que podría haberte pasado y me asusté.

—Lo sé, Burke, pero estoy bien.

Su mano se posa en mi rodilla y la aprieta. Extiendo la mano, cogiendo sus dedos entre los míos y sujetando su mano, probablemente un poco más fuerte de lo que debería, pero todavía estoy con la adrenalina de haber encontrado a Maple.

—Creo que tengo mi primer cliente —dice emocionada, interrumpiendo mis pensamientos, y mis dedos se estrechan un poco más alrededor de los suyos.

—Soy tu primer cliente —gruño, y Maple se muerde el labio inferior.

Nos quedamos en silencio y me detengo frente al edificio de apartamentos, apagando la camioneta y mirando el edificio.

—Siento haber vuelto tarde —susurra.

—Lo sé. Lamento haber exagerado —admito, tratando de no ser mi habitual persona brusca y gilipollas—. Pensé que te habían herido o que alguien te había llevado.

Maple guarda silencio y yo me deslizo fuera de la camioneta, caminando a su lado y ayudándola a salir. Se queda paralizada cuando la pongo de pie y la miro fijamente, encontrándome con sus grandes ojos azules. Tiene una mirada extraña y me pregunto qué es lo que ve en mi cara en este momento.

OCHO

Maple

SIGO A BURKE AL INTERIOR, con la mente acelerada.

Todavía puedo sentir la tensión que se desprende de él y sé que sigue enfadado conmigo por no haber vuelto antes de que oscureciera, como le prometí.

Pero hay algo más.

Hay algo en sus ojos que me pilla desprevenida.

Se parecía mucho al amor, pero eso no puede ser cierto.

Dudo entre los dos apartamentos, preguntándome si debo ir a mi casa o seguirle a la suya.

Antes de que pueda alejarse de mí, alargo la mano y envuelvo mis dedos en la parte trasera de su abrigo.

—Espera.

Se gira lentamente para mirarme y yo inclino la cabeza hacia atrás, levantando la vista para encontrar su mirada.

—No me gusta que la gente se enfade conmigo —digo en voz baja y toda su cara se suaviza.

—No estoy enfadado contigo, Maple. Solo estaba preocupado por ti. Tienes que tener más cuidado. Eres tan preciosa y no puedo soportar la idea de que te pase algo.

Me aparta parte del pelo de la cara y no puedo soportarlo más. Necesito estar más cerca de él.

Me acerco, lo rodeo con los brazos y apoyo mi mejilla en su amplio pecho.

Burke duda, pero entonces siento su gran mano en la nuca. Me alisa el pelo y me frota suavemente la nuca mientras me estrecha contra él.

—Siento haberte preocupado —murmuro en su chaqueta y siento que me sujeta con más fuerza.

Sus manos suben y bajan por mi espalda, bajando con cada pasada y desearía no llevar mi grueso abrigo. Quiero sentir sus manos sobre mí, sobre mi piel desnuda.

Me acerco a él y le acaricio el pecho con las manos. Noto los latidos de su corazón bajo mis dedos y siento que el mío también empieza a latir más rápido.

Levanto la cabeza y mi mirada se fija en sus labios.

—Maple —dice Burke con brusquedad, su voz contiene una advertencia —. Si no paramos, nunca podré parar. No contigo.

—No quiero que te detengas —susurro, y al segundo siguiente estoy en el aire, con las piernas rodeando la cintura de Burke mientras me sujeta a la pared frente a la puerta de su apartamento.

Burke emite un sonido áspero y se lanza a luchar contra mi boca. Sus labios se inclinan contra los míos, reclamándome, marcándome, y yo gimo, dejándole acceder a todo mi ser.

El placer se desliza en mi vientre, intenso y caliente, mientras Burke me aprieta contra la pared. Siento que sus manos están en todas partes. En mi trasero, en mi pelo, moldeando mis curvas. Está a mi alrededor y me encanta.

Me pierdo en él, en la sensación de sus labios contra los míos, su lengua enredándose con la mía, sus manos recorriéndome.

Es como si tratara de absorberme, de hacernos uno.

Muevo mis caderas contra las suyas, necesitando más presión, y Burke gime contra mi boca. Sus dedos se clavan en mis caderas, lo suficientemente fuerte como para dejarme moretones. Pero no me importa. Quiero que me marque.

Me sostiene y me sujeta a él mientras abre la puerta de su apartamento y me lleva dentro.

Nos dirigimos directamente al dormitorio y los latidos de mi corazón comienzan a acelerarse a medida que nos acercamos más y más a la cama.

Burke aparta su boca de la mía, pareciendo estar molesto por no seguir besándome. Antes de que pueda preguntarle qué está haciendo o rogarle que vuelva a poner su boca sobre mí, coge el dobladillo de mi camiseta y me la quita por la cabeza.

Me baja los vaqueros y me quita el sujetador y las bragas en un tiempo récord.

Está hecho como un tanque y mis ojos recorren su amplio pecho, siguiendo el vello del mismo hasta que su gruesa erección me apunta directamente. Sus piernas son como troncos de árbol y trago saliva, preguntándome cómo voy a poder con él.

Se acerca a la cama, me agarra por uno de los tobillos y me separa las piernas. Su mirada se dirige a la unión entre mis muslos y cuando se lame los labios, me asusto y me derrito, todo al mismo tiempo.

—Soy virgen —suelto, y Burke cierra los ojos como si le doliera.

«¿Va a cambiar de opinión? ¿Me va a echar?»

—Joder, Maple. Nunca voy a poder dejarte ir. Mi pene será el único que conozcas —gruñe mientras me agarra por los tobillos y me arrastra hasta el borde de la cama.

Me dejo caer hacia atrás, rebotando ligeramente en el colchón mientras él se acomoda entre mis piernas.

—Llegaré a esas hermosas tetas en un minuto, pero no puedo esperar más para probar este dulce coño.

Su aliento se abanica sobre mis resbaladizos pliegues y me muerdo el labio, tratando de contener mi gemido.

Es inútil.

En cuanto su lengua me lame el centro, pierdo la cabeza.

Grito su nombre, mis talones se clavan en sus hombros y mis dedos se enredan en su cabello mientras me lame por completo y a fondo, provocándome un orgasmo tras otro. Estoy ronca y temblando cuando Burke me da un último lametón y mira hacia arriba, hacia mi cara.

Intento memorizar la imagen de él entre mis muslos, mis piernas colgadas sobre sus anchos hombros, mi cuerpo enrojecido.

Mientras lo observo, se lame los labios y el deseo que veo en sus ojos hace que otro pequeño orgasmo me recorra.

Comienza a besar mi cuerpo mientras yo estoy tumbada intentando recuperar el aliento. Su recorrido le lleva por mi redondeado vientre y más

arriba, hasta llegar a mis pechos. Sus grandes manos los aprietan con suavidad, los hinchan mientras se inclina sobre mí y empieza a acariciar sus picos.

—¡Burke! —gimo, mis ojos se cierran mientras el placer me recorre.

—Te dije que llegaría a estas bonitas tetas —gruñe contra mi piel y yo vuelvo a gemir ante sus palabras.

Aprieta ligeramente los suaves montículos, manteniéndolos en su sitio mientras me lame y chupa los pezones.

Con cada lametazo, chupada y movimiento, se produce una reacción de respuesta entre mis piernas. Cuando Burke me suelta los pechos, soy un desastre que se retuerce y jadea.

—Burke, te necesito —le suplico, y él asiente con la cabeza, con el hambre en sus ojos, visible incluso en la penumbra.

Me besa una vez más, lentamente, mientras se arrodilla entre mis piernas y aprieta su erección, acariciándola una, dos veces, provocándome y excitándome a la vez.

—Burke —le suplico.

Me mira a los ojos, se inclina hacia delante y guía la punta de su pene hasta mi resbaladiza abertura. Mi espalda se arquea cuando empieza a empujar y sisea. Sé que ha llegado a mi virginidad y lo miro, mostrándole lo mucho que confío en él, lo mucho que lo deseo.

—Esto puede doler —dice, y me doy cuenta de que las palabras lo están matando. La idea de hacerme daño es obviamente aborrecible para él.

Me penetra de lleno y yo contengo la respiración. La punzada de dolor no es tan fuerte como creía y termina en unos segundos, dejando solo una sensación de plenitud.

Muevo mis caderas contra las suyas, intentando probar más la sensación, y Burke suelta una maldición, enterrando su cara en mi cuello.

—Tranquila, Maple —susurra, pero no puedo parar.

—Muévete, por favor —le ruego y él gime, pero me da lo que quiero.

Su ritmo es lento al principio, dejando que me acostumbre a su movimiento dentro de mí. Cada parte de mí siente un cosquilleo y cierro los ojos, tratando de abrazar las sensaciones por completo.

—Mírame —me ordena y abro los ojos de golpe, observando su cara mientras se apoya en las manos y empieza a follarme con más fuerza.

Enrollo las piernas alrededor de su cintura, jadeando y luego gimiendo cuando llega a un punto especial dentro de mí.

—Ya está —dice Burke, agarrando uno de mis muslos y manteniéndome en el sitio mientras acelera el ritmo y empieza a penetrarme.

Mi orgasmo surge de la nada y me golpea con fuerza y rapidez. Gimo mientras me golpea como un crescendo, resonando por todo el cuerpo, como una ola que se extiende por todo mi cuerpo.

—Burke, Burke, Burke —canto mientras mis uñas se clavan en sus hombros.

—Maple —gime y siento su calor dentro de mí.

Se mantiene por encima de mí y nuestras miradas chocan, permaneciendo la una en la otra mientras ambos bajamos de nuestro subidón, y juro que puedo ver el amor brillando en sus ojos.

NUEVE

Burke

ME DESPIERTO SONRIENDO, con la cabeza llena de recuerdos de Maple envolviéndome toda la noche anterior.

Sin embargo, esa sonrisa se desvanece rápidamente cuando me acerco al lado de la cama de Maple y lo encuentro vacío. Las sábanas empiezan a enfriarse y mi buen humor matutino se arruina al instante.

Lanzo una maldición mientras me quito las sábanas de una patada y me dirijo desnudo al salón. Tampoco está allí y juro que la ataré a mí, físicamente, si vuelve a ir sola a la tienda.

La puerta de mi apartamento está cerrada y la abro de un tirón, viendo a Maple a punto de entrar en el otro apartamento.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruño mientras cierro rápidamente la distancia entre nosotros.

La tengo sobre mi hombro en el siguiente segundo y de vuelta en nuestra cama unos segundos después.

—No vuelvas a escabullirte así de nuestra cama. ¿Está claro? —le pregunto, encerrándola con mi gran cuerpo.

Me mira sorprendida con los ojos bien abiertos. Su larga melena rubia se abre en abanico alrededor de su cabeza, repartida entre nuestras dos almohadas.

—¡Detente! —me ordena y me quedo helado.

—Me gustas, Burke, pero esto no va a funcionar entre nosotros si estás constantemente dándome órdenes. Vi a mi madre ir de un chico a otro, de un imbécil mandón tras otro, y me prometí a mí misma que nunca haría eso. Nunca dejaré que un hombre dicte todos mis movimientos. Así que, si no puedes controlar tus tendencias cavernícolas, lo siento, pero no puedo hacer esto.

Termina su discurso con fuego en los ojos, y yo trago con fuerza.

No me gusta la idea de que me deje o que mis acciones puedan alejarla.

—Lo siento. Es que me vuelvo un poco loco cuando pienso que podría haberte pasado algo. He estado solo desde que murió mi madre y no puedo volver a eso. Trabajaré en ello, lo prometo. Solo necesito que seas paciente conmigo —digo, apoyando mi cabeza en su hombro.

—Puedo hacerlo —murmura, pasándome los dedos por el pelo mientras me aferro a ella.

Su voz mañanera hace que mi pene se endurezca contra la cuna de sus muslos.

—Quería despertarme a tu lado —susurro contra su cuello mientras empiezo a besar su hombro.

Los muslos de Maple se abren aún más y sonrío contra su piel.

—Es agradable ver que mi chica está tan desesperada por mí como yo por ella —digo antes de morder ligeramente su clavícula.

—Burke —gime Maple con la voz todavía áspera por el sueño.

Tiene puesta mi camiseta de ayer que la cubre hasta las rodillas.

Sus piernas desnudas son pálidas a la luz y parecen crema fresca.

Le subo la camiseta, dejándola más al descubierto. Gimo cuando veo que no lleva nada debajo.

—¿Sin bragas? Chica sucia.

Maple se contonea debajo de mí, excitándose con mis palabras y, aunque me prometí que la despertaría con mi cabeza entre sus muslos, no puedo esperar ni un segundo más para

volver a estar dentro de ella. No con ella retorciéndose debajo de mí, suplicando que la llene.

—Cuando te vi por primera vez, supe que nunca iba a poder dejarte ir —digo mientras me hundo en ella.

Maple grita mi nombre con esa respiración suya que me vuelve loco, sus uñas me arañan el cuero cabelludo y sus dedos se enroscan en mi pelo.

Su lengua se desliza contra la mía, girando alrededor de la mía mientras nos besamos como adolescentes y empiezo a moverme lentamente dentro de ella.

Sus piernas me rodean la cintura, apretándome mientras se mueve contra mí, le mordisqueo el labio inferior, sintiendo como su necesidad aumenta con cada caricia.

Su espalda se arquea, empujando sus tetas hacia mi cara, y no puedo resistir esa oferta. Agacho la cabeza, rodeo con mis labios uno de sus pezones y chupo la dura punta.

Sus dedos se aprietan en mi pelo y ella grita, moviendo sus caderas contra mí con más rapidez. Me apremia y, al igual que la noche anterior, pierdo el control y me abalanzo sobre ella como una bestia.

Por los ruidos que hace y por la forma en que me tira del pelo, me doy cuenta de que está cerca. Sus talones se clavan en mi trasero, instándome a ir más rápido, más fuerte, a darle más.

Gimo, mis ojos encuentran los suyos cuando los dos volamos al límite.

—Wow —exhala y yo asiento con la cabeza.

Quiero decirle que la quiero, pero me muerdo las palabras.

Solo han pasado dos días y no quiero asustarla. No puedo asustarla.

La necesito.

En lugar de eso, hago lo que quería hacer cuando me desperté.

—Ven aquí —le digo, rodando sobre mi espalda y llevándola conmigo.

Se agarra a mis hombros, con los ojos muy abiertos y confundidos por lo que voy a hacer. La agarro por las caderas y la levanto, arrastrándola por mi cuerpo hasta que se cierne sobre mi boca.

—Monta mi cara, Maple.

Vacila, así que tiro de ella hacia abajo, colocando su coño sobre mi boca.

Mi semen ya empieza a gotear de su dulce centro, pero no me importa. Quiero su sabor en mi boca.

Utilizo mis pulgares para separar sus labios y me inclino hacia delante para lamerla. Sus pliegues son suaves y cálidos y los separo con mi lengua, queriendo saborear todo su interior. Mi lengua recorre su clítoris, succionando el manojo de nervios en mi boca y azotándolo con mi lengua mientras las caderas de Maple comienzan a moverse sobre mí.

—Eso es, Maple —gimo dentro de ella mientras empieza a cabalgar mi cara sin reparos.

Le lamo el clítoris mientras añado un dedo, luego dos, bombeando dentro y fuera de ella. Mi corazón late a través de las venas de mi pene y siento la necesidad de estar dentro de ella. Mi erección vuelve a estar dura como una roca y noto cómo se corre en mi vientre mientras Maple se contonea y se retuerce sobre mí, sus tetas se balancean con el movimiento y me excitan aún más.

Mi lengua hace círculos alrededor de su clítoris mientras utilizo mis dedos para introducir mi semen dentro de ella. No quiero desperdiciarlo, y me encanta saber que está goteando de ella todo el día.

Enrosco mis dedos, frotando el punto dulce dentro de ella y Maple grita, cayendo hacia delante hasta que sus manos aterrizan en el cabecero.

No me detengo ni aflojo mientras chupo su clítoris y sigo frotando su punto G. Con unos pocos lametones más, se corre en toda mi cara.

Mi lengua está en todas partes, lamiendo cada centímetro de ella mientras intento no perder ni una gota de sus dulces jugos. Mi pene gotea más semen sobre mi estómago mientras Maple grita, apretando más fuerte mi cara.

—¡Burke! No te detengas —suplica, y yo no puedo aguantar más.

La pongo de rodillas, la agarro por las caderas, levanto su culo en el aire y la penetro.

—Burke —grita, sus brazos se doblan y cae sobre el colchón.

Tiene la cara enterrada en la almohada, pero aún puedo oír sus gemidos apagados y sus gritos pidiendo que le dé más.

—Chica codiciosa —grito mientras la penetro como un animal.

—No me canso de ti —grita, y agarro sus caderas con más fuerza, penetrándola como una máquina.

—Joder —siseo al sentir como su coño se aprieta alrededor de mi longitud.

Es demasiado estrecha, demasiado perfecta, y cuando su centro empieza a ordeñar mi erección, me dejo ir.

Me derramo dentro de ella, gimiendo fuertemente mientras se corre conmigo. Sus dedos se aferran a la almohada, retorcidos en la tela, mientras su orgasmo llega.

La saco lentamente, la hago rodar y sonrío al ver su rostro aturdido. Tiene el pelo revuelto y los dos somos un desastre sudoroso y pegajoso, pero no he visto nada más bonito en mi vida.

DIEZ

Maple

ESA NOCHE, Burke entra en Dulce Tentación como un hombre con una misión. Prácticamente me arrastra hasta su camioneta, pero yo solo me río, dejando que tome mis llaves para cerrar la puerta antes de subirme a su camioneta.

Me abrocha el cinturón de seguridad antes de que pueda parpadear y mi cuerpo empieza a sentir un cosquilleo mientras le veo conducir de vuelta a casa.

—¿Qué tal el día? —me pregunta mientras nos dirigimos a la calle oscura.

—Muy bien. Lo tengo todo preparado para la gran inauguración de mañana. Hoy han llamado a la puerta unas cuantas personas y todas han prometido que estarán allí para la inauguración. ¿No es genial? Probablemente sea porque es el día de San Valentín y todos quieren regalar algo dulce a sus seres queridos, pero aún así. Es emocionante.

Sonrío al pensar en la gente del pueblo que se ha pasado hoy por aquí. Todos han sido muy amables y acogedores, y eso me da esperanzas de que mañana irá bien.

—Si mañana es un éxito, podré tener mi propia casa en uno o dos meses —sigo parloteando mientras Burke aparca su camioneta en la puerta y se baja para ayudarme a bajar.

Cuando subimos las escaleras y entramos en su casa, me doy cuenta de lo callado que ha estado Burke de camino a casa.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto, queriendo que me hable.

—Ha estado bien. Un día bastante tranquilo —dice antes de agarrarme por la cintura y subirme a un taburete de la cocina.

—¿No has hecho nada? —lo intento de nuevo.

—Solo te lleve el almuerzo. Ese fue el único punto brillante de mi día. Además de esta mañana —dice con una sonrisa sexy.

—¿Ah así? —pregunto, rodeando su cuello con mis brazos mientras me levanta.

Creía que iba a dejarme en el taburete, pero en lugar de eso mi trasero aterriza en la encimera. Es tan alto que estoy casi a su altura.

Hoy me puse un vestido, lo que le facilita el acceso a Burke, y él lo aprovecha al máximo. Tengo la falda levantada y abre la cremallera de la espalda para quitármelo por completo antes de que pueda parpadear.

Me contoneo y le ayudo a quitármelo por la cabeza. Se acerca a mi cintura y me retuerce las bragas con los dedos hasta que se rompen y me quita los restos.

Estoy buscando la hebilla de su cinturón cuando él se arrodilla y me abre los muslos. No pierde el tiempo y utiliza sus pulgares para abrirme el sexo y se sumergirse en él.

Su lengua se frota en círculos apretados sobre mi clítoris y utiliza sus dedos para alcanzar ese punto dentro de mí que me lleva al límite cada vez. No tardo mucho en correrme contra la boca de Burke y antes de que pueda bajar de la nube, se levanta y saca su erección.

Aprieta el puño y yo abro más las piernas, deseando que esté dentro de mí.

Me arrastra hasta el borde del mostrador y me penetra de golpe.

—Ahh —grito, con los músculos adoloridos por lo de noche y esta mañana.

Burke se queda helado con la cara torcida por la preocupación.

—No pasa nada. Dame un segundo. No te vayas.

Enrollo mis piernas alrededor de su cintura para que no se retire, moviéndome mientras intento adaptarme a su gran tamaño.

—Sabía que era demasiado grande para ti. Debería haber ido más despacio y haberte dado tiempo para descansar —dice y sé que está molesto

consigo mismo.

—Te quería. Te quiero ahora —le digo mientras mis músculos se relajan alrededor de su gruesa longitud.

Burke sigue sin moverse, agachándose para poder lamer y besar mis pechos. Miro hacia abajo, observando cómo empieza a moverse y veo que ni siquiera está a medio camino dentro de mí.

Me inclino hacia abajo, tratando de rodear con mis dedos la otra mitad. Cuando Burke gime, aparto la mano de un tirón, pensando que he hecho algo mal.

—Vuelve a ponerme las manos encima —me ordena y envuelvo su pene con la mano.

Empiezo a frotarlo, a masturbarlo mientras me da los mismos centímetros una y otra vez.

—Joder, sí. Eso es —gruñe mientras mi agarre se intensifica y su ritmo se acelera.

Ver la pasión y el deseo en su cara me hace arder más y más hasta que el orgasmo me invade.

Burke sigue follándome con fuerza y yo gimo.

—Más, más, más —le ruego y me da lo que le pido.

Burke vuelve a gruñir y siento su cálido semen dentro de mí, llenándome mientras ambos intentamos recuperar el aliento.

Burke se retira lentamente y yo hago una mueca de dolor por la pérdida.

—Tendremos que darte un descanso —dice, pasando el nudillo de su dedo por mi centro.

—Quizá esta noche, pero mañana es San Valentín y tengo planes para ti —digo, tirando de su camisa hasta que se acerca y sus labios se encuentran con los míos.

—¿Tienes planes? —pregunta en tono seductor.

—¿No los tienes? —pregunto, buscando algún tipo de pista sobre lo que siente y lo que podría tener planeado para nosotros.

Se encoge de hombros y tengo la sensación de que me está ocultando algo. Quiero preguntárselo, pero entonces me doy cuenta de que tal vez sea una sorpresa para el día de San Valentín.

Me muerdo el labio, pensando en lo que he comprado para mañana cuando me he escapado esta tarde. La lencería roja brillante está escondida

en una bolsa en la parte de atrás de la tienda de dulces y estoy deseando ponérmela para Burke mañana.

Tengo la sensación de que va a perder la cabeza.

—¿Debo comprar comida para mañana por la noche? Me he dado cuenta de que nos faltan algunas cosas —insinúo, preguntándome si me dejará entrar en lo que tiene planeado para la noche—. Tal vez podría enseñarte a hacer algo.

—No, ya me he encargado de ello —dice y yo casi gimo de frustración.

No soporto las sorpresas. Siempre tengo que saber las cosas con antelación. Si no, me emociono demasiado y no puedo concentrarme en nada más.

—Voy a ducharme —digo, empezando a bajarme de la encimera.

Necesito hacer algo para no volverme loca intentando averiguar qué ha planeado Burke para mañana por la noche.

—Te acompaño.

Una parte de mí quiere decir que no para intentar despejar mi cabeza, pero la otra parte, más grande, quiere probar el sexo con Burke en la ducha.

—¿Me vas a lavar la espalda? —me burlo y Burke me da un golpe en el trasero.

—Voy a lavarte toda —promete, y me muerdo el labio, riendo mientras Burke me sigue por el pasillo hasta el baño.

Donde, de hecho, me lava hasta el último centímetro.

ONCE

Burke

ME DESPIERTO el día de San Valentín con Maple rodeándome. Su pelo se extiende por mi pecho, su pierna se extiende sobre la mía y sus curvas se aprietan contra mi costado.

En resumen, estoy en el cielo.

Quiero despertarme así cada mañana durante el resto de mi vida. Quiero dormirme por la noche con ella encima.

Mis ojos se dirigen a la cómoda donde escondí el anillo de compromiso que compré ayer.

Había pasado por la joyería, de camino a comer, cuando mis ojos se fijaron en el anillo del escaparate. En cuanto lo vi, supe que debía estar en el dedo de mi Maple.

Lo compré, fuimos a comer a los dos, y luego pasé el resto de la tarde buscando en Google cómo proponerle matrimonio a alguien.

Nunca había tenido una relación seria, así que nunca había pensado mucho en ello ni en el matrimonio, pero en solo dos días con Maple y no podía quitarme la idea de la cabeza.

Ella pertenece a mí y me posee por completo.

Miro el reloj de la mesita de noche y rápidamente hago que Maple se ponga boca arriba. Si trabajo rápido, podré desayunar con Maple antes de que tengamos que prepararnos para el trabajo.

Nada más pensar eso, la alarma del móvil de Maple empieza a sonar. Ella gime, rodando fuera de mí y de la cama. Apaga el despertador y bosteza mientras camina por el pasillo hacia el baño.

La sigo, entrando en la ducha tras ella y tirando de ella en mis brazos.

—Feliz día de San Valentín, Maple —le susurro al oído.

Se gira en mis brazos y me sonríe con sueño.

—Feliz día de San Valentín.

Me inclino y dejo que me bese antes de empezar a lavar su cuerpo. Mi pene se endurece al ver como la espuma recorre su cuerpo curvilíneo, pero me doy cuenta de que está nerviosa por el día de la inauguración.

—Sabes que hoy te va a ir muy bien —le digo mientras la ayudo a enjuagar el champú de su pelo.

—Eso espero —me susurra y puedo oír los nervios en su voz.

—Lo harás bien. Te lo prometo —le aseguro.

Cierro el grifo y salgo de la ducha, envolviendo a Maple con una toalla antes de coger una para mí.

Me planteo si debería hacer la proposición esta mañana o esperar hasta esta noche, como había planeado en un principio. Decido esperar para que tengamos tiempo de celebrarlo, cuando entro en el dormitorio y veo a Maple.

Está tirando de un ajustado vestido rojo por el cuerpo y casi me trago la lengua cuando se contonea dentro de él.

—No puedes ponerte eso —gruño, acercándome a ella, pero se aparta.

—¡Es el día de San Valentín! Tenemos que vestir de rojo.

Miro la camiseta negra y los vaqueros que pensaba ponerme hoy y sé que voy a tener que rebuscar en el armario para encontrar algo rojo. No puedo decepcionar a

a mi chica en su gran día.

—¡Deprisa, por favor! Quiero llegar pronto a la tienda y asegurarme de que todo esté listo para hoy.

Asiento con la cabeza, pero ella ya se dirige al pasillo y se pierde de mi vista.

Me pongo los vaqueros y rebusco hasta el fondo del armario antes de encontrar algo rojo. Es de franela y sé que voy a sudar dentro de mi tienda a menos que baje la calefacción, pero valdrá la pena si hace feliz a Maple.

Cuando llego a la cocina, Maple ya ha preparado el desayuno y está sirviendo la comida. Sonrío y mi corazón se derrite un poco cuando veo que nos ha preparado sándwiches de huevo en forma de corazón.

—Gracias, Maple.

Quiero decirle que la quiero en ese mismo momento, pero no quiero distraerla antes de su gran día, así que me trago las palabras, dando un gran bocado a mi sándwich.

Comemos rápidamente y la ayudo a ponerse el abrigo antes de dirigirnos al centro para abrir nuestras tiendas.

Todavía es pronto, así que me dirijo a Dulce Tentación con ella y hago lo posible por ayudarla a prepararse para abrir. Me doy cuenta de que aún está nerviosa, así que antes de salir y abrir la ferretería, la abrazo fuertemente.

—Lo vas a hacer muy bien. Estaré al lado si necesitas algo.

Ella asiente y se derrite contra mí y yo le beso la parte superior de la cabeza.

Me cuesta separarme, pero sé que ahora está ansiosa por abrir las puertas y abrir oficialmente, así que le doy un beso rápido y me dirijo a la siguiente puerta.

No pierdo de vista la puerta de al lado, y me paso la mayor parte del día abasteciendo todo lo que puedo delante para ver cómo va el día de Maple.

Tiene un flujo constante de clientes y suspiro aliviado por ello. Sabía que sería un éxito.

A las cinco en punto, estoy listo para cerrar por hoy y parece que las cosas también se han ralentizado en Dulce Tentación, así que me dirijo a la parte de atrás, cojo mi abrigo, las flores que he comprado esta mañana y mis llaves. No tardo en cerrar y me apresuro a ir a la puerta de al lado.

Maple también está cerrando y me detengo a observar cómo anota algo en un portapapeles. Su pelo brilla bajo las luces y el vestido se amolda a sus curvas, haciéndola parecer un ángel travieso.

—¿Cómo fue tu primer día? —pregunto mientras saco las flores de mi espalda y me dirijo a ella.

—Dios mío, Burke. Son preciosas —exhala y yo sonrío.

—No tan bonitas como tú.

Se sonroja, se muerde el labio inferior y me mira a través de las pestañas.

—Estuvo genial —dice con un profundo suspiro, una sonrisa inclinando las comisuras de sus labios hacia arriba.

—¿Sí?

La escucho contármelo todo mientras cojo su abrigo y la ayudo a meterse en él. Dice que ya tiene que pedir más chocolatinas porque se han agotado hoy y que también hay que reponer muchas gominolas ácidas.

Sonrío, disfrutando de la felicidad en su voz mientras volvemos a casa. Me había planteado llevarla a cenar, pero soy egoísta. Tengo que compartirla con otras personas todo el día, así que quiero que nuestras noches sean solo para nosotros dos.

Entramos y la llevo a la cocina, sentándola en su taburete mientras saco la comida para llevar que había dejado del horno para mantenerla caliente.

—¿Así que hoy ha sido un éxito? —pregunto, queriendo que siga hablando.

—Sí, ha sido incluso mejor de lo que había imaginado.

Suena tan feliz y el corazón me late en el pecho.

Todos los artículos que he leído decían que había que pedirle matrimonio durante la cena o dar un paseo romántico y luego arrodillarse y hacerle la pregunta, pero no puedo esperar más.

—Ahora vuelvo —digo, apago el microondas y me apresuro a entrar en el dormitorio.

El anillo está justo donde lo dejé y cojo la caja, apretándola en la palma de la mano mientras intento poner en orden mis pensamientos.

—Tengo que quitarme estos zapatos —dice Maple con un largo suspiro mientras se acerca por detrás de mí, asustándome.

Dejo caer la caja de los anillos al suelo, donde cae debajo de la cama y los dos nos quedamos mirando cómo si no tuviéramos ni idea de lo que es.

Me agacho para recogerlo y mi corazón se acelera cuando Maple se acerca a mí.

—¿Burke?

Levanto la vista, la miro fijamente y, antes de darme cuenta, estoy hablando.

—Maple, te amo.

Ella jadea y sus ojos empiezan a humedecerse mientras me mira fijamente. Creo que se supone que solo debo arrodillarme sobre una rodilla,

pero arrodillarme sobre las dos parece más adecuado. Si dice que no o me rechaza, le rogaría literalmente que cambiara de opinión.

—Yo también te amo, Burke —dice, con lágrimas que empiezan a resbalar por sus mejillas.

—Sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero nunca he estado más seguro de nada en mi vida. Estás destinada a ser mía. Soy tuyo, completamente. Me has poseído desde que entraste en mi tienda y te presentaste.

—Oh, Dios mío —dice en un sollozo ahogado mientras más lágrimas comienzan a derramarse en sus mejillas.

—Maple, te necesito en mi vida más que a nada. Por favor, cásate conmigo.

Abro la tapa y se me corta la respiración mientras espero a que diga que sí.

No tarda mucho. Gracias a Dios.

—¡Sí, sí, por supuesto que me casaré contigo!

Un momento después coloco el anillo en su dedo y a ella en mis brazos. Sus labios se posan en los míos, sus piernas rodean mi cintura y, cuando sus dedos empiezan a enredarse en mi pelo, sé que vamos a cenar tarde.

—Llévame a la cama —susurra Maple contra mi boca y no puedo negárselo.

—Lo que tú quieras.

Ella sonríe contra mi boca mientras nos dejamos caer en el colchón y nos perdemos el uno en el otro.

DOCE

Maple

UN AÑO DESPUÉS…

—SIÉNTATE, Maple. Yo lo haré —dice Burke y yo pongo los ojos en blanco mientras sonrío.

—Puedo hacerlo —digo, y mis manos caen sobre mi redondo vientre.

Estoy embarazada de nueve meses y estoy lista para dar a luz a nuestra niña en cualquier momento. Burke reaccionó a la noticia exactamente como yo esperaba que lo hiciera.

En cuanto le mostré la prueba de embarazo, me abrazó y juro que mis pies apenas han tocado el suelo desde entonces. Ha contratado a alguien para que le ayude con la ferretería y ha pasado la mayor parte del tiempo en Dulce Tentación conmigo.

Durante los últimos nueve meses, me ha seguido a todas partes, recogiendo todo antes de que yo pueda alcanzarlo. Juro que va detrás de mí con una silla, diciéndome que ponga los pies en alto cada vez que hay que hacer algo. Y aunque es muy dulce por su parte, está empezando a volverme loca.

Estoy muy emocionada por conocer a nuestra pequeña y no puedo evitar reírme cuando pienso en Burke siguiéndola y manteniéndola a salvo.

En cuanto supimos que estábamos esperando, Burke compró una casa y se puso a trabajar para reformarla. No se me permitía acercarme a la casa mientras la estaba arreglando. Decía que era demasiado peligroso, así que me pasaba el tiempo en casa, horneando. A mi pequeña ya le encantan los dulces y los postres, así que parece que va a salir a mí en ese aspecto.

El fin de semana pasado lo trasladamos todo, y con nosotros me refiero a Burke. Ni siquiera me dejó llevar las almohadas. En su lugar, me hizo un plato de espaguetis y me sentó en el sofá mientras lo hacía todo. Se ha vuelto mucho mejor en la cocina, asegurándose de que siempre tenga lo que se me antoje.

Nos casamos una semana después de San Valentín en el Ayuntamiento de nuestra ciudad. Ninguno de los dos quería esperar más y, de todos modos, no teníamos mucha gente a la que invitar a una gran boda.

Burke quería irse de luna de miel enseguida, pero yo acababa de abrir Dulce Tentación y quería esperar. Menos mal que lo hicimos, porque las náuseas matutinas empezaron poco después de nuestra boda y me pasé la mitad de los días en el baño o tumbada.

Acabamos yendo a las Bahamas en Navidad. Fue nuestra luna de miel.

Nos pasamos todo el tiempo disfrutando de la habitación del hotel. Yo ya estaba demasiado grande para ir a explorar la isla

y sabía que si poníamos un pie fuera, Burke insistiría en llevarme en brazos o alguna locura.

—He dicho que te sientes —ordena Burke cuando dobla la esquina y me ve intentando llevar el cesto de la ropa sucia por el pasillo—. Yo la doblaré.

—Puedo doblar la ropa, Burke. Estás haciendo el ridículo.

—Estás creando a nuestro bebé. Eso es todo lo que tienes que hacer ahora —dice con una mirada severa, pero puedo ver el amor en sus ojos.

—¿Me vas a dejar lavar la ropa cuando ella nazca? —le pregunto mientras se dirige a la habitación del bebé para empezar a doblar.

—Ya veremos —murmura y yo pongo los ojos en blanco, sabiendo que quiere decir que no.

—Estás... ¡oh! —grito cuando un dolor agudo me golpea la espalda y el estómago.

Exhalo lentamente, apoyándome en el marco de la puerta.

Burke está a mi lado en el siguiente suspiro, con los ojos llenos de pánico. Intento tranquilizarlo, pero otro dolor punzante me golpea y me doy cuenta de lo que está pasando.

—Voy a dar a luz —susurro, una sonrisa curvando mis labios incluso cuando llega la siguiente contracción.

—Vale, vale —murmura Burke mientras corre por la habitación como un loco, cogiendo la bolsa del hospital, la bolsa de los pañales y la silla del coche.

—¡Quédate ahí! Vuelvo enseguida —ordena mientras sale corriendo de la habitación y se dirige al pasillo.

Camino lentamente hacia la puerta principal y estoy a punto de agacharme para coger mis zapatos cuando la puerta se abre y Burke vuelve a entrar corriendo.

—Te he dicho que te quedes quieta —gruñe, y se arrodilla para ayudarme a ponerme los zapatos.

En cuanto los tengo puestos, me agarra y me levanta en sus brazos.

—¿Nos olvidamos de algo? —pregunta, mirando a su alrededor mientras se dirige a la puerta.

—Sí.

—¿Qué? —pregunta, congelado y mirando alrededor de la habitación con los ojos muy abiertos.

—Dime que me amas.

—Te amo, Maple. Más que a nada —susurra, inclinándose y rozando sus labios con los míos.

—Lo sé. Yo también te amo. Ahora vamos a conocer a nuestra pequeña.

TRECE

Burke

10 AÑOS DESPUÉS...

CUANDO NOS ENTERAMOS de que nuestra segunda hija era otra niña, pensé que me estaban castigando. Apenas podía controlar mis tendencias sobreprotectoras con mi esposa. ¿Ahora iba a tener que hacerlo también con dos hijas?

Ahora miro a mis hijas y sé que he sido bendecido. Mi esposa y mis hijas son lo mejor que me ha pasado nunca.

Me apoyo en el marco de la puerta, conteniendo una risa y sonriendo mientras veo a mi esposa y a mis hijas reír en la cocina. Han estado horneando toda la semana, preparándose para el día de San Valentín. Juro que hay brillantina roja, rosa y blanca cubriendo la mitad de las superficies de nuestra casa, pero la limpieza tendrá que esperar. Esta noche, tengo una cita con mi Maple.

—Veo que están listas para salir —bromeo mientras me dirijo a la cocina, dejando caer un beso sobre las cabezas de Amber y Violet mientras paso junto a ellas.

—¿Ya son las cinco? —pregunta Maple, con los ojos muy abiertos mirando el reloj—. ¡Mierda! Puedo estar lista en diez —dice mientras se

enjuaga las manos y empieza a correr junto a mí.

Le paso la mano por la cintura y la detengo para poder darle un beso.

—¡Qué asco! —gritan las niñas, pero yo slo sonrío.

—Tómate tu tiempo —le digo a Maple y ella me sonríe antes de salir corriendo de la habitación.

Ayudo a las niñas a terminar las magdalenas y estamos limpiando las encimeras cuando la niñera llama a la puerta.

Las chicas corren a dejar entrar a Claire y le ofrecen una magdalena. Claire trabaja en Dulce Tentación con Maple. El negocio de la tienda despegó después de ese primer año y pudimos contratar a alguien.

—Muy bien, así que tienes nuestros números y las chicas saben lo que hay que hacer. No coman demasiados dulces y van a la cama a las nueve —digo, lanzando a Amber y Violet mi mejor mirada de padre.

Todo el mundo sabe que mis hijas me tienen atrapado y no puedo evitar sonreír cuando me sonríen con picardía. Tengo la sensación de que mañana se quedarán dormidas después de haber trasnochado esta noche.

Los pasos de Maple suenan en las escaleras y me doy la vuelta para ver a mi esposa dirigirse hacia mí. Lleva un vestido rojo ajustado, con sus curvas perfectamente expuestas, y me pregunto si podemos saltarnos la cena y dirigirnos directamente a la habitación del hotel.

—¿Listo para irnos? —me pregunta y yo asiento con la cabeza.

Nos apresuramos a despedirnos de las niñas y de Claire y luego arrastro a Maple hasta mi camioneta.

—Así que… —comienza Maple cuando he dado marcha atrás en el camino de entrada y empiezo a dirigirme a la ciudad—. ¿Pedimos pizza en la habitación del hotel?

Me lanza una mirada coqueta y yo sonrío.

—Dios, soy un cabrón con suerte —digo, pulsando el intermitente y girando hacia el hotel.

Maple se ríe, apoyando su mano en mi pierna.

—Te amo, Maple.

—Yo también te amo. Feliz día de San Valentín —me dice mientras entrelazo nuestros dedos, apoyándolos en mi pierna.

—Feliz día de San Valentín.

ACERCA DEL AUTOR

CONNECT WITH ME!

If you enjoyed this story, please consider leaving a review on Amazon or any other reader site or blog that you like. Don’t forget to recommend it to your other reader friends.

If you want to chat with me, please consider joining my VIP list or connecting with me on one of my Social Media platforms. I love talking with each of my readers. Links below!

Website
Newsletter

SERIES BY SHAW HART

Cherry Falls

803 Wishing Lane

1012 Curvy Way

Eye Candy Ink

Atlas

Mischa

Sam

Zeke

Nico

Eye Candy Ink: Second Generation

Ames

Harvey

Rooney

Gray

Ender

Banks

Fallen Peak

A Very Mountain Man Valentine's Day

A Very Mountain Man Halloween

A Very Mountain Man Thanksgiving

A Very Mountain Man Christmas

A Very Mountain Man New Year

Folklore

Kidnapping His Forever

Claiming His Forever

Finding His Forever

Rescuing His Forever

Chasing His Forever

Folklore: The Complete Series

Holiday Hearts

Be Mine

Falling in Love

Holly Jolly Holidays

Love Notes

Signing Off With Love

Care Package Love

Wrong Number, Right Love

Kings Gym

Fighting Fire With Fire

Fighting Tooth and Nail

Fighting Back From Hell

Mine To

Mine to Love

Mine to Protect

Mine to Cherish

Mine to Keep

Mine to: The Complete Series

Sequoia: Stud Farm

Branded

Bucked

Roped

Spurred

Sequoia: Fast Love Racing

Jump Start

Pit Stop

Home Stretch

Telltale Heart

Bought and Paid For

His Miracle

Pretty Girl

Telltale Hearts Boxset

OTRAS OBRAS DE SHAW HART

Still in the mood for Christmas books?

Stuffing Her Stocking, Mistletoe Kisses, Snowed in For Christmas, Coming Down Her Chimney

Love holiday books? Check out these!

For Better or Worse, Riding His Broomstick, Thankful for His FAKE Girlfriend, His New Year Resolution, Hop Stuff, Taming Her Beast, Hungry For Dash, His Firework

Looking for some OTT love stories?

Her Scottish Savior, Baby Mama, Tempted By My Roommate, Blame It On The Rum, Wild Ride, Always

Looking for a celebrity love story?

Bedroom Eyes, Seducing Archer, Finding Their Rhythm

In the mood for some young love books?

Study Dates, His Forever, My Girl

Some other books by Shaw:

The Billionaire's Bet, Her Guardian Angel, Falling Again, Stealing Her, Dreamboat, Making Her His, Trouble